



Fernando Pessoa

¿De qué modo recuperar la perdida unidad? ¿Cómo reinfundirle al Yo transparencia lógica y sustancia solidaria sin que pierda su rica textura ontológica? En el plano poético, Pessoa no lo sabe o, me animaría a asegurarlo, no cree que ello sea posible. En el plano ideológico-político, en cambio, sospecha, sueña, se empeña en creer que el ideal sebastianista, al que quisiera ver encarnado en los postulados inaugurales del *Estado Novo*, podrían redimir a Portugal de su postración histórica, de su impotencia republicana. De hecho, el salto pessoano es notable: va desde la imponderabilidad última de lo real —conquistada como trama de una propuesta poética excepcionalmente vital y representativa— hasta la visión omnipotente, totalitaria y recalcitrantemente conservadora del dictador Oliveira Salazar. Esta parábola sólo resultará explicable si se la puede entender como manifestación de un desesperado intento de escapar, de algún modo, al peso angustiante de la indeterminación a que lo condujo su examen poético de la realidad. La esperanza pessoana podría acaso concebirse en esos términos: si la heteronomía es expresión personal del conflicto colectivo moderno de Portugal, la resolución de ese conflicto —mediante la restauración del ideal imperial en la sensibilidad colectiva— podría devolver a Portugal una actualidad, un protagonismo en el escenario europeo y una densidad de contenido, verdaderamente reparatorios. De este modo, Portugal disolvería, en el seno de su experiencia, la diáspora y la incredulidad política que implica la cosmovisión heterónima. Es decir que, por vía dialécticamente complementaria, se conciliarían la desesperanza individual, que tan certeramente traduce la obra poética de Pessoa, con las tesis corporativas del *Estado Novo*.

Ese desencanto personal, esta solitaria desesperación, intentarán ser revertidas, en Vallejo, mediante otros contenidos pero con idéntico procedimiento. Pareciera responder, el escritor peruano, al mismo afán de trascender, de disolver en lo político, la desesperanza sembrada y recogida en el campo poético. Vallejo creará, como se dijo, en la redención del hombre por medio de la revolución comunista.

Un primer elemento de contraste, en lo que a Vallejo se refiere, es el que puede advertirse entre la rica complejidad de su relación con el lenguaje en el plano literario y la ingenuidad de su vínculo con él en el plano de las ideas políticas. Su comunismo es simplista; su visión del Yo colectivo reñida con la lucidez en la manera de entender la resolución de los conflictos humanos; ciega y apologética en su finalidad apocalíptica. Se comprende, claro, que lo que está en cuestión aquí no es la vitalidad del marxismo —de la cual, por supuesto, mucho podría hablarse— sino el modo que Vallejo tiene de concebirlo y predicarlo.

Al obrar como poeta, Vallejo logra desbaratar las leyes convencionales de la sintaxis y de la lógica vigentes en la poesía hispanoamericana de su tiempo. Al pronunciarse desde sus preferencias políticas, se atiene en cambio a modelos salvíficos tradicionales que no logran disimular la raíz anacrónica de su lógica discursiva aunque argumentalmente aparezcan como planteos rebosantes de actualidad y moralmente sean, al menos en algunos de los fines perseguidos, sumamente atendibles. Vallejo, sin embargo, no parece sensible a estas flagrantes contradicciones entre su poética y su política. Al igual que Pessoa, se sumerge de lleno en sus creencias sociales cuando quiere escapar al fatalismo y al escepticismo en que lo ahoga la genial expresión de su individualismo.

Lo que hay de personalísimo en el lenguaje literario de Vallejo es la sabia articulación entre los recursos sintácticos, analógicos, metafóricos y aún gramaticales, y la re-

vulsión propia de su conciencia reacia a determinar los contenidos de la percepción externa y de la autopercepción, en términos tales que lo faculten a hablar de sí mismo y del mundo como realidades racionalmente discernibles y escindibles entre sí. Es en esta medida que, al poeta, el sujeto Vallejo se le vuelve verdadero como instancia inasible e irreal y, al mismo tiempo, falso como alguien cuyos contenidos pudiesen ser aprehendidos descriptivamente, a la manera de lo que suele hacerse con un objeto. En última instancia, Vallejo pareciera descreer del conocimiento. Es el amor y sólo el amor la experiencia que puede liberar al hombre de la locura a que pareciera conducirlo la inviabilidad de la autocomprensión. Y el amor, claro está, entendido como fraternidad multitudinaria que rebasa la nada del sujeto diferenciado para dar forma y vida al individuo comunista, en el cual esa nada se repliega derrotada por la contundencia existencial del *Nosotros*. La humanidad, unida en el ideal transformador de la sociedad, supera la enajenación irremediable en la que desemboca todo el que se empeña aisladamente en aprehenderse como sentido. Se trata, por lo tanto, de un acto de trascendencia en el que la vocación fraternal de la especie doblega, finalmente, al solipsismo. Se diría, desde esta perspectiva de análisis, que Vallejo, como poeta, pareciera empeñado en retratar la inasibilidad del *Yo* como instancia portadora de atributos consistentes, perdurables y claramente discernibles. El sujeto, para él, antes que nada es tensión, conflicto, crispación que desmiente la presunta coherencia de la identidad personal. A la vez, Vallejo, al razonar políticamente, se muestra igualmente interesado en exceptuar al *YO* de la pesada carga de los contenidos impuestos por el idealismo y el logicismo tradicionales pero ahora con otro propósito totalmente distinto: no para sustentarlo o sostenerlo en la rigurosa indeterminación conquistada mediante el trabajo de expurgación lírica, sino para encauzarlo hacia el *Yo* colectivo, comunizado; ése que, mediante el ideal marxista vigente en sus días, escapa tanto a la ceguera del individualismo como a la extenuante tensión de la imponderabilidad ontológica señalada por su poesía.

Este último aspecto nos remite a la esperanza de Vallejo, tan agudamente analizada por el escritor mejicano Marco Antonio Campos en sus «Dos notas» sobre nuestro poeta¹: «Por el 1928, Vallejo encontró la puerta que le dio de algún modo la salvación, y le ayudó a huir de los terrenos de la fatalidad: el marxismo. Allí tomó, en base al sufrimiento propio, el material para comprender el ajeno». Y luego: «César Vallejo, quién no lo sabe, se regodeaba en su pesimismo». Sin embargo, en su último libro, *Poemas humanos*, opuso algunas veces a este fatalismo un amor sincero a la vida, y en varios poemas y versos se puede advertir un franco o mediano optimismo, o al menos, un llamado al quehacer y a la lucha. Invito al lector a examinar los poemas completos de «Hoy me gusta la vida mucho menos...», «Me viene hay días una gana ubérrima, política...», «Los desgraciados», «La vida, esta vida me placía...» y, sobre todo, ese gran canto a la esperanza que es la sección (o libro) de *España aparta de mí este cáliz*.

Por su parte, el crítico británico James Higgins nos ofrece sobre el comunismo de Vallejo páginas sumamente elocuentes. En especial, en lo atinente a la sinonimia «familia-felicidad» entendida como instancia del pasado personal del poeta. Esa corresponden-

¹ Marco Antonio Campos, Señales en el camino, págs. 86 y 87, Premia Editora, México, 1983.